

LA LEALTAD.

PERIÓDICO MONÁRQUICO,

HOJA DE LOS LUNES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Valencia, un mes, 8 rs.—Tres meses, 22.—Seis, 42.—En los demás puntos de la península: Tres meses, 28.—Seis, 54.—Un año, 104.—Extranjero: Tres meses, 12 francos.—Seis, 23.—Un año, 44. Los pagos se harán adelantados por medio de sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Valencia, en la Administración del periódico, calle de Embou, número 6, cuarto principal; y en las librerías de Badal, plaza de la Catedral; Martí, calle de Zaragoza; y en la de Villalba, calle de la Bolsería, donde se admiten anuncios y esquelas mortuorias á precios convencionales. Toda la correspondencia se dirigirá al señor Director de LA LEALTAD.

ORATIO HABITA

SEMENARIO CENTRAL VALENTINO.
A
D. Francisco Genovés y Burguet, profesor de Filosofía en el Seminario Central de Valencia, leído por su autor el doctor D. Francisco Genovés y Burguet, profesor del mismo y catedrático de Retórica.

DISCURSO INAUGURAL

del año académico de 1881 á 1882 en el Seminario Central de Valencia, leído por su autor el doctor D. Francisco Genovés y Burguet, profesor del mismo y catedrático de Retórica.

Illustres mentes auditorum versant, effluunt simulata verborum et venturium gratia, non veris integerque sententiis, in amplificatione genere exardescens, eorum animos impellunt ad quemcumque causam possunt motum. Illi pestiferum venenum dicitur suavitatis conditum, et mortiferum quod haurire libeat audienti: nos remedia paravimus, dulcissimo quodam genere sermone, temperata praebeamus, ut quanto magis verborum et sententiarum dulcedine deleatur auditum, tanto ardentiori salutariter potione cupidius fiat. Sic tandem fiet, juvante Deo, ut veritas, veritas, nullo negotio armatam vincat, et pugnet falsitatem, cuius modo bacchantis imperium inermis et auda egerrime sustinet: quam veritas non potest ut omnino veritas erroribus obruat, que, divina ope, sine dubio pulcherrime aliquid et clarior elucebit.

Ellos con simuladas palabras y pensamientos vanos traen y llevan de un lado á otro la atención de su auditorio; en cambio nosotros, interesados en la verdad, impulsamos al ánimo por la vía misma de que arranca la tesis, alumbrándole con ideas peculiares á la misma. Ellos inculcan el pestilente veneno, cuando es suave su decir, y bridan así con la mortal pozoña; mas nosotros no variamos el temperamento del discurso al prodigar el dulcísimo remedio de salud, bien que procuremos llevar, con el mayor número de afables palabras, mayor deseo de recibir el sagrado don. Y tanto esto sucede, que con la ayuda de Dios, nunca, ni en negocio alguno, las armas de la falsia vengan á las de la verdad, cayendo los hombres de aquella como ébrios, inermes, al mas leve impulso nuestro; y aunque esto no se lograra, bieu seguro es que la verdad, que por perquisión divina brilla tan preclara, siempre sepultará al error como quiera se presente.

Conviene no obstante que avanceis el juicio y veais cuán incólumes de la controversia podéis quedar.

Nuestros antepasados, varones singulares en virtud y doctrina, abundantemente provistos de elocuencia, ningún combate eludieron; siempre en la brecha, siempre en la lucha, siempre expuestos á los ardores del sol y á la asfixia del polvo; mas por que nosotros, sus descendientes hemos de consumir el tiempo lejos de los peligros y las fatigas, desprovistos de armas y en la oscuridad y el ocio? Aquellos, por estar preparados á todo llamamiento, abandonando la patria, la familia, los amigos, llevaron á los mas remotos países su rica y escogida oratoria; mas nosotros ¿no la negamos albergue en nuestra morada? Con su prolijo trabajo hallaron y descubrieron muchas, divinas ideas, que nos trasmisieron mediante su dición elegantísima; pero tratando nosotros con tanta incuria su legado, ¿cómo vamos á procurar su restauración? De sobra elocuentes y con el alto don de la sandadura del espíritu, ¿cómo el ciego impulso de la filosofía, allá la insana rabia de los herejes; y nosotros permitimos, con los brazos cruzados, que los enemigos de la religión, los profanadores de lo sagrado, holders del derecho así divino como humano, todo lo abatan, lo destruyan, lo pulvericen! Es en gran manera cierto que así cual ellos merecieron la continua alabanza de los hombres y el premio inmortal de la divinidad por su esfuerzo y diligencia, nosotros somos dignos de que, así en vida como en muerte, la posteridad nos tache con nota de ignominia y cruel castigo el Eterno nos depare. Dedicad, pues, jóvenes estudiosos, toda la fuerza de vuestra voluntad á esa elocuencia que reporta dignidad al hombre, salud al pueblo, defensa á la verdadera religión. ¿Qué os deliene? Las legiones infernales aparecen cubriendo la redondez de la tierra, y en guerra declarada á la Iglesia católica, acrece el número de los enemigos; los humanos errores cruzan de uno á otro lado, atemorizando, taimadamente, la inteligencia y helando en las frentes la calor de las almas; he ahí la voz que sale de todos los liceos, academias, gimnasios, diciendo: «Engrandeceremos nuestra lengua; nuestros labios de nosotros son; ¿quién es señor nuestro? ¿Aun así no despertáis, juventud estudiosos? Ah!

«Vergonzoso es enmudecer, repetir con el Poeta, vergonzoso es enmudecer, é Isócrates puede decirlo.»

Aunque tan provechosa no fuera la oratoria en el rudo combate con los enemigos, ella es necesaria para el sosten de los fieles. Las nociones que se poseen en punto á Religión son la mayor parte incompletas y escasas, y contra las depravadas doctrinas de la muchedumbre, en el abandono se dejan; y de tal modo corrompidas están nuestras costumbres, especialmente en los casos de la adversidad, que á no resplandecer la elocuencia, se engendraría mas espantosa afición al vicio. ¿Cómo pues esperar elogios de esa muchedumbre imperita para aquellos que en alas de tal facultad todo lo dejan, sus familias y amigos, desafian la muerte, menosprecian los hombres, huyen de la voluptuosidad, de la humildad se ciegan y al perdon dan los agravios? Es harto horrible—lo diré cual lo siento—es en alto grado pernicioso al género humano, que se atienda, mas que al fondo, á la forma de la dición. ¿Qué sin embargo hacer? Ello es la fortuna que nos da, que se contenta con la sabiduría, sino que busquen también la elocuencia. Mas no sea vano el intento, ni esté rila obra á que nos dediquemos; trabajemos, y en el punto de la cita penetremos con el ejercicio de la oratoria en las verdades que nos faltan conocer.

Con todo, recogida en la mente, se escondió á veces la idea que ansiamos, y nadie podría ornarse con el dictado de orador, si á la virtud magna no se juntara de un modo ventajoso la doctrina, principalmente ejercitándose el ministerio sacerdotal. El orador sagrado debe proveerse de ella, como también estar limpio de toda mancha, que así lo requieren sus altas prendas y la delegación que Cristo le confía, y al que no puedan aplicarse aquellas palabras: «Por que tu hablas de mis mandamientos y tomas mi testamento en tu boca?»

Y se debe ser sabio en toda ciencia, cuando menos, porque no tiene ninguna limitación ni valla. El estudio del orador debe fijarse; para las frases, en la Gramática; para los sonidos, en la Música; en la Geometría, para las dimensiones; en el tratado de la naturaleza, según la Física; y así en las demás, por lo cual el mismo Cicerón decía que, «con su parecer, ninguno podría vanagloriarse de orador, si no conseguía el conocimiento de las cosas más grandes y de todas las artes.»

Quae cum ita sint, adolescentes carissimi, excolite, queso, facundiam istam artem tot tantisque laudibus commendatam et vobis praesertim ad Religionem sartam lectamque luendam apprime necessariam. Hæc vos in summarum rerum tractatione diriget, optime cogitata perficiet, atque ad summum virtutum gradum viam palefaciet. Hæc armati, et aliis utilitati, et ipsi Religioni salutem, et vobis emolumento esse poteritis. Nec vobis, aut externa exempla quaerenda, aut longè quaesitis allectamentis, opas est: habetis namque in ipso patrio solo quo, imitemini, habetis quos spectetis, habetis ad quorum doctrinam exequantur dies noctesque invigiletis. Hic, hic sunt in nostro numero clarissimi Oratores, in ipso Scholæ nostrae sinu alti aucto educati, per quos valentium nomen exteris gentibus una eloquentia laude commendatum est. Adest imprimis amantissimus noster Praesul ex quo tantum honos, tantum decus, tanta majestas in utramque Republicam ecclesiasticam et civilem promanavit: qui totum litterarium orbem eloquentissimis orationibus illustravit, cui satis superque demonstrant funebres orationes pro Michaele Cervantes Saavedra ac Petro Calderon de la Barca nunquam satis commemorande: cujus singularis denique facultas tam in Vaticano Concilio quam in Hispano Parlamento perpaucos habuit aequales, superiorem fortasse neminem.

Hos spectate, egregii adolescentes, in hos oculos aciem convertite, eorum gloriam æmulamini: sicut vestigiis tot clarissimorum virorum soleriter insistentes, et vos ipsi ad scientias alias promptiores incumbetis, et Seminarium hoc amplioribus cumulatum honoribus maximum capiet incrementum.—Dixi.

(1) Adeo etiam apud exteros excrevit nomen eloquentissimi nostri Praesulis D. D. Antonini Monscello Viso, ut in egregia «Revue du Monde Catholique» appellatus est per quamdam antonomasiam «Orator magnus».

EL AHORCADO DE PALO.

La novela de Schopenhauer con los colores de un drama.

DE DON GABRIEL TEJADO.

(Conclusion.)

—Cuidad, señor, respondió Juan, un tanto puesto ya de su pasado miedo. Goidad de cubrir esa cicatriz señalada en vuestra muñeca; no sea que abierta la antigua herida, torne á brotar por ella la sangre que manchó mi espada en el Torneo de Torrijos.

—Recordad bien, Rey D. Pedro: así como estais ahora, ya estáis enclavado en la arena de la playa, mirando arder el castillo de Guardamar, y contemplando adramantado á su alcaide, que volando entre las llamas, se burlaba de vuestra bravura.

—Decididamente el Rey iba á acoger al que así provocaba su cólera, porque le había aferrado el morcillo de un brazo mientras buscaba en el cinto el pomo de su daga.

—Pero hubo de contenerse nuevamente al oír otra vez el acento lúgubre de Juan, que le decía: —Recordad bien, Rey D. Pedro: así como ahora aferrais mi brazo y acariciáis el pomo de esa daga, clavásteis las uñas en mi cuello y desgarrásteis mis hábitos clericales, cuando os aparecí en Nájera á profetizaros lo que hoy os repito: que os matará vuestro hermano.

—Helo aquí, replicó Juan sacando el que había recibido de su hermano, Tomad, Rey D. Pedro, y con él mi cabeza; pero dadme antes mis quinientos marcos de plata.

—Imposible describir lo que en este momento imaginaba y proyectaba el Rey. Viósele solo mirar á Juan de arriba abajo siempre con redoblada curiosidad y como quien niega fé á lo que está oyendo, hasta que dijo: —Quinientos marcos es poco. Si hubiera quien pujase, haríamos subir la suma hasta seiscientos.

—Hasta ochocientos! replicó Juan con alegre rostro.

Yo os ruego, pues, amadísimos jóvenes, que escojais las que conducen á la posesión de la elevada facultad de bien decir, tan digna de alabanza, principalmente cuando al amparo de la Religión y para su beneficio se regeuera y cultivaba. Ella dirige la exposición de los estudios elementales, perfecciona la de los superiores y abre anchura vía á los últimos grados académicos. Poedeis con sus armas ser útiles á los otros, lograr prosperidad á la misma Religión, y vuestro propio provecho alcanzaros. No vayais á buscar fuera y lejos ejemplos que en nuestra patria tan dignos son de imitarse, sino tomad de ellos y de su doctrina modelo y dedicades los días y las noches. Aquí, aquí mismo podríais contar con gran número de doctísimos oradores que, salidos del seno materno de este Seminario, fueron á enaltecer el nombre valenciano entre los extraños y á adquirir por su elocuencia alabanzas inmensas. Presente está nuestro amadísimo Prelado, el cual tanto honor, dignidad tanta y grandeza esclarecida se ha sabido adquirir, así en la república de las letras profanas como en las sagradas ciencias; cuyos elocuentísimos discursos son admirados por todo el orbe como de sobra demuestran merecer lo las oraciones fúnebres pronunciadas á la memoria de Miguel Cervantes Saavedra y Pedro Calderon de la Barca, y cuya singular elocuencia tanto en el Concilio Vaticano como en el Parlamento español tuvo á pocos al igual, quizá á nadie de superior (1).

Ilustres jóvenes; fija la vista en estos preclaros hombres, dirigidos por el trazado que ellos os imponen, y sed emulos de su gloria; que si sus vestigios seguís y en su ciencia os fortaleceis, el Seminario acrecentará, si cabe, el cúmulo de los honores que ya de antiguo goza.—He dicho.

(1) Ahí está entre los extranjeros el nombre de nuestro elocuentísimo prelado el Excmo. Señor Dr. D. Antolin Monscello y Viso, considerado, como dice la ilustrada Revista del Mundo Católico, «magno orador».

el marmallo de una risa, que agitando al parecer sus nervudos miembros, hacía retemblar y crujir su armadura con su sonido, como si bajo ella, en vez de alentar persona humana, herviesen sordamente las entrañas de un volcán.

Como un tercio de su diaria carrera habria andado el sol de la siguiente mañana, cuando se veía un confuso tropel de caballeros, soldados y villanos acudir en son de fiesta á la plaza de armas del alcázar, mientras los ajimeces y miradores del mismo eran ocupados por las gentes del rey, no solo hidalgos, escuderos y pajes, sino tambien apuestas y hermosas damas, ceñidas aun estas últimas con los negros cendales, que por obsequio al Rey vestían desde la muerte de la Padilla.

En el centro del frontispicio y sobre la puerta principal del alcázar, veíanse flotar al aire multitud de negras plumas y lucuosos paños prendidos á manera de pabellon en los balaustrados de un alto y espacioso mirador arabesco preparado para recibir á la régia comitiva, y desde la cual se dominaba con la vista todo el recinto de la plaza de armas. Alzabase en medio de esta, y frente por frente del enlutado mirador, una armazon de dos vigas perpendicularmente enclavadas á la conveniente distancia para sostener en sus respectivos remates superiores los extremos de otra viga horizontal, que servía de punto de apoyo á una escalera de madera, cuyas gradas estaban dispuestas como para facilitar el ascenso á cualquiera que no hubiese de subir de grado ni por su pie.

Era la tal armazon ni mas ni menos que una horca preñada con todas las reglas del arte para que diese en ellas varias zapateas al aire algun desalmado que el verdugo esperaba, para ensayar en él su habilidad, enseñándole á bailar por la cuerda floja, con todo el primor posible. Ya se comprendía que este desalmado no podría ser otro sino el guerrero misterioso y repentina mente aparecido en la estancia de D. Pedro, y aprehendido inmediatamente por los fieles servidores de su alteza.

El Rey tenia sus razones para castigar al atrevido en la horca, y no de otro modo, visto que ya una vez habia intentado achicharrarle en un lago de fuego, y no lo habia conseguido. Parecióle el enforcamiento medio mas seguro que la hoguera, porque (pensaba él) si de todos modos el diablo está decidido á libertar al reo de la muerte, mas difícil le será hacerlo al aire libre y en los palos de la horca que al través del humo y de las llamas.

Para mas asegurarse, habia ordenado tambien el rey rodear el suplicio de numeroso cundo de peones y ginetes, sin olvidarse de hacerlo bendecir por mano de un clérigo que estaba en olor de santidad, á fin de conjurar con tiempo las malas artes que á Lucifer pluguiera ensayar para estorbar el enforcamiento. Con esto y presencia el Rey por sí mismo la ejecución, pensó que por mucho que el diablo hiciese, no habia de ser esta vez mas poderoso que los soldados, la Iglesia y su real voluntad. Conforme, pues, á esta resolución y al tenor de lo pregonado por los heraldos del Rey desde el alba de aquel día, vióse salir á D. Pedro al mirador para él preparado, según hemos dicho, y legado al cual, fué grandemente aplaudido por los vitores del concurso que en la plaza, miradores y ajimeces del alcázar bullia, mientras el estrépito de atabales y clarines en sún discordo tañidos aumentaban la algazara y confusion como jamás se habia visto en Sevilla.

Luego que el Rey fué así salido, se empezó á sentir no mas que un sordo rumor movido por la impaciente plebe, el cual cesó repentinamente de todo punto, cuando á una señal de don Pedro se vió abrir una de las puertas laterales de la fachada del alcázar, y comenzar á salir por ella una lúgubre y ordenada comitiva de numerosos hombres de armas, seguidos del cabildo y clerecia, de multitud de caballeros, comunidades y cofradías, que respectivamente abrían paso entre la multitud, entonaban salves y sal-

modiaban kiryes, según la funcion y oficio á que cada uno era allí llamado. Cerraba por fin el cortejo un grupo de partesanos, en cuyo centro caminaba con grave paso y altanero rostro un jayán barbudo, alto, fornido, de verdinegratez y ruda apostura, bien que el todo estuviese casi rebuzado por la túnica de esparto que le cubria desde el cuello á la planta, y por un birrete de lo mismo que, tapándole casi toda la ceja, dejaba solo ver dos ojos relucientes como carbunclos, una nariz á cada instante dilatada como la de un toro, por los resoplidos á que sus anchas ventanas daban libre paso, y una boca, en fin, llena de ardiente espuma, y contrainda como por la fogosa rabia.

Llegado éste al pie de la horca, rechazó con un espantoso bufido á algunos piadosos clérigos que le exhortaban á confesar sus culpas; y pocos instantes despues, impenitente y mas que nunca altanero, subia arrastrado por el verdugo las escaleras del suplicio, clavando sin cesar sus ojos en el mirador del Rey, que se tornaba ya rojo, ya pálido, ya verde y se agitaba en su sitial, como pudiera una almaña presa en la trampa por los cazadores.

El verdugo, por fin, haciendo su oficio, ciñó un cordón de cáñamo al cuello del reo, y dando en seguida vuelta por todo su cuerpo, cayó desplomado sobre él de la víctima, que al cabo de pocos momentos quedó inmóvil, pendiente del mortífero lazo, y ausiosamente mirado por la multitud.

Largo espacio de sepulcral silencio habia trascurrido desde que no se notaba ya movimiento alguno en el fúero cuerpo y amoratado rostro del reo, cuando el Rey mandó á un venerable y rollizo abad que á su lado tenia, fuese acompañado de su condestable, para que ambos examinaran al ahorcado, y diesen fé de su muerte segura y completa. Murmurando maldiciones del cond stable y rezando letanias el abad, llegaron conforme al mandato del Rey á los pies del reo, y habiéndolo apartado la túnica que los cubria, dijeron al verdugo que los tocara, y viera si en su piel, así como en sus pulsos y pechos, se conocía que el reo era ya difunto. Tocó el verdugo los pies del ahorcado, y sintió al tocarlos un estremecimiento en toda su máquina, como si hubiera puesto la mano sobre un carbon ardiendo; pero receloso de ser tenido por coharde, continuó palpando los muslos, pecho, cuello y cabeza, adquiriendo cada vez mas la seguridad de que no era cuerpo humano ni vivo ni muerto lo que tocaba, sino un negro y duro bulto de madera con humana forma.

Trasudando de espanto y de sorpresa, pisólo así el verdugo en noticia del abad y condestable, los cuales, no menos atemorizados, lo pusieron en noticia de los que tenían cerca de sí, y estos despues lo fueron poniendo en noticia de sus allegados, en términos que antes de un minuto estaba ya la ocurrencia en noticia de todos cuantos presentes eran.

Pero al llegar á la del Rey, se le vió sacar devotamente de la vesta enlutada que lo cubria un crucifijo de plata, besarlo una y mil veces con tembloroso labio, y decir, con entrecortado acento:

—Dios no quiere que se cumpla la justicia del Rey. Conjuréese el ahorcado.

Dicho esto, y llegado á oídos de los clérigos, monjes y cabildos, que en la plaza se hallaban, empezaron algunos á cantar el Veni Creator y otros salmos religiosos, mientras que otros se dirigian con sendos hisopos en las manos á rociar el cadáver del ahorcado con una verdadera lluvia de agua bendita.

Así, al cabo de muchos rezos y aspersiones, se vió incendiarse de repente la túnica de esparto y arder despues el cuerpo del reo con una llama entre azul y amarilla, que en breve lo consumió todo entero, dejando pendiente solo de la horca el cordón de cáñamo que lo habia sostenido.

A nadie le quedó duda de que el Rey habia querido ahorcar al diablo; que se habia dejado robar y burlar del diablo, y que aquello era un aviso de Dios, para que no hiciese mas sentimiento por la muerte de la Padilla.

En cuanto á la Garrida, nada diremos, sino que se fué á un desierto á hacer penitencia, á llorar sus culpas y á prometer á Dios que si alguna vez se veía tentada á volver á casarse, miraría con mas espacio quién era su novio.

En cuanto á Juan el Bueno, ni los quinientos marcos de plata que el Rey le habia dado al ponerlo en libertad, ni el arrepentimiento de su hermana, lo pudieron consolar de la pena que le causaba haber sido tanto tiempo enlutado del diablo.

FIN.

A NUESTRA SEÑORA DEL PORTILLO.

ODA HERÓICA,

premiada con el S alterio de oro y plata en el certamen de la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, celebrado en 16 de octubre de 1881.

Terribilis ut castrorum acies ordinata. (Cant. cántico, cap. 6.)

Canto el poder de la inmortal Señora, cuya sin par grandeza y hermosura Dios concibió en su mente creadora antes de alzar los montes á la altura, y de hundir los abismos á la altura, y en firmes bases asentar el mundo. Canto la gloria y divina portento de Aquella á quien en trono de topacios Dios fabricó deslumbrador asiento, del empero en los fúlgidos espacios. ¡Oh! ¡quién pudiera ensueñar la mente con el luego de amor que centellea en su virginea frente, é inspirarse en la lumbré de sus ojos que al mismo Dios recrea, que calma sus enojos,

que al coro de los ángeles encanta, que al hombre los caminos hermosa, arrancando los ásperezos abrojos y desparciendo flores á su planta!

Las brumas de la tierra hendir no sabe, sin ser llevado de su mano, el hombre; ni ha escuchado jamás nombre tan suave, como su dulce y regalado nombre. La ciencia, la virtud, la bienandanza, dones son del Eterno; mas el triste mortal no los alcanza, sin el influjo poderoso y tierno de la Madre de amor y de esperanza.

Llena está España de sus almos dones, como el vergel de flores y de encantos, como el prado de frutas y de hojas. Ella en los corazones vierte del cielo los efluvios vivos, y las pesares calma y las congojas. Ella acompaña al solitario asceta; Ella los versos al poeta inspira; por Ella el alma á quien la duda inquieta, recobra la esperanza; por Ella al cielo la virtud aspira; por Ella el cielo la virtud alcanza. Ella descubre el porvenir incierto; dá honores y victoria; guarda el campo, el mar calma, abriga el puerto, y as de mi España providencia y gloria. Ella es aquí quien dá linfas al río, trinos al ave, al céfiro frescura, follaje al bosque umbrío, á las flores aroma y hermosura, llamas al sol y perlas al rocío.

¡Cuánto mi patria bella en amar á María se distingue! Un templo es toda ella, do la luz de la Fe nunca se extingue, porque lo alumbró su adorada Estrella. En sus muros orlados de laureles la historia de sus célicos favores grabada está en escudos y broqueles. En la techumbre de su cielo puro se vé entre resplandores estrechando un florón dos hemisferios. Y un pueblo de héroes, en su amor seguro, ante un altar de luces y de flores Madre la llama y luz de los imperios, cautando, al par de sus divinas glorias, altas hazañas que á la tierra admiran, y que á la inmensa luz de cien victorias, cantos heroicos al poeta inspiran.

Allí nombres de egregios campeones esculpidos en oro y en diamante; enseñas, que tal vez hechas girones, al vencedor dan gloria mas brillante; trofeos y blasones que conquistar supieron en cien lides los hijos de Viriato y Recaredo, los Pelayos, los Jaimes y los Gides, y Alfonsos y Fernandos y Wilfredos; las gigantescas ruinas de Sagunto, los acauchos hogueras de Numancia, ejemplos de heroísmo y de constancia, para la épica trompa digno asunto; los lauros de Tolosa y de Granada, donde el poder del árabe halló tumba; vencedora en Lepanto nuestra armada; y en Mejico y Oltuba,

Pavia, San Quintín, Bruch y Gerona cien triunfos que pregona el eco que en los valles aún retumba... todo esto veo, y más; todo entrelazo con guiraldos que el tiempo no marchita, y todo consagrado á esa Virgen bendita, que á España dió para las luchas fieras el bravo león de poderosas garras, feroz rugido y vigoroso aliento, que arrogante tremole altas banderas, y á las huestes bizarras en ira nublame y bélico ardimiento.

Tú fuiste, sí, tú sola, Virgen pura, quien diste siempre á nuestra noble tierra prosperidades, horas y ventura; llámame Madre, en la sañuda guerra, del Dios de los ejércitos España; pues tú formaste y provida le diste cada héroe y cada hazaña; y su legión más fuerte siempre fuiste, y enhiesta torre, en la que mil escudos cuelgan, con armaduras de valientes; y en cien combates rudos contra tí se estrellaron impotentes los carros y las armas inclementes de los que osaron desplegar su saña contra la fé y la libertad de España.

No en vano en Zaragoza plantaste con tu egígie soberana ese santo Pilar, sosten robusto en el que apoyan su edificio augusto nuestro heroísmo y nuestra Fé cristiana. Desde él tú brillas, como luz del cielo que en rayos de oro y grana vierte en la tierra jubilo y consuelo, cual faro celestial que reverbera en el zenit de España colocado, y en el furor de la borrasca fiera, marca á su nave la triunfal carrera para arribar al puerto deseado.

No importa que las árabes legiones, cual rápido torrente que el valle asuela, cenagoso é hirviente, hundan á España en gigantesca ruina y en el polvo sepulpen sus blasones. Sus bravos campeones, siempre guiados por la luz divina que nos felleja tu inmortal Columna, desplagan por doquier su ardiente brío, y vuelan á abatir la media luna, y á recobrar tu amante poderío.

Tú en tanto, si el muslin su planta sienta en la ciudad que en carne visitaste, preservas del horror de la tormenta el sacro Paladion que nos legaste; y cual se libra en medio el Océano de los marinos monstruos la alta roca, nunca el fiero invasor con torpe mano tu marmóreo Pilar osado toca. Verás roncós bullir mares de encono del mundo en los vaivenes; mas no conmueven el angusto trono que en ese jaspé establecido tienes; que sus hirvientes olas una á una van á estrellarse al pié de tu Columna.

Y cuando el yugo á sacudir atiendes que á Zaragoza oprime, del rey Batallador el brío enciendes, y él vuelva, y lucha, y vence, y la redime; y apenas ha ofrecido ante tu altar la espada triunfadora, sienta otra vez el corazón ardido, y á tu custodia la ciudad fiando, parte con sus valientes paladines á quebrantar de nuevo al moro bando y de Aragon lanzarle á los confines.

Pero llega una noche tenebrosa, cubriendo con su sombra las llanuras, el río, la ciudad, los altos montes. Ni una luz, ni una estrella en las alturas deja entrever los negros horizontes. Tras las nubes oscuras ocultase la bóveda del cielo, y nada turba el plácido reposo en el dormido y sosegado suelo. Solo el murmurio blando percíbase del Ebro caudaloso, por entre juncos y ovas resbalando.

Mas ¡ay! mientras Alfonso hácia el Oriente de Zaragoza aleja al africano, pareceme escuchar, sordo y lejano, marcial rumor allá por Occidente. Y se aproxima... y tiemblan tamerosas las márgenes del río, bajo el peso de las árabes hordas belicosas, que en la noche callada á sorprender se aprestan cautelosas la ciudad descuidada, como sorprenden el redil dormido lobos hambrientos en foroz manada.

¡Permitirás, Señora, que sea tu ciudad infeliz presa de esa hueste traidora, que con innoble trama y vil sorpresa abre un portillo en el terroso muro?... ¡Mirad!... entraron ya; ya resta solo pietro muro salvar; ya ven seguro el fácil triunfo de su infame dolo. Duermen los centinelas, y duerme la ciudad... ¡Oh! ¡cuál su espanto será, cuando despierte!...

Mas no; tú, Virgen, veles, tú le cubriste con tu regío manto, tú cuidarás propicia de su suerte. Mas ¿dónde suena el pavoroso estruendo de armas que chocan en atroz crugido? ¿De dónde viene el escudador tremendo que al moro ha sorprendido, y que, cual trueno y rayo, estremeciendo cielos y tierra, torres y muralla, se lanza á castigar embravecido su negro ardid en horrida batalla?... Eres tú, Virgen, que en el aire brillas entre golfos de nidos fulgores; eres tú, que aterrando á los traidores, vienes armada de ángeles armados, y de aquellos atletas, nobles almas, que en Zaragoza, de la Cruz soldados, ganaron superiores eternos palmas; invulnerable hueste triunfadora, que sobre el moro lanza estrago y muerte, como á veces en tierra pecadora nube inflamada sus horrores vierte.

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

Venid; no con las armas en las manos, ni en los pechos la cólera bravía; sino agitando palmas y laureles, y aclamando con himnos de alegría el nombre de la excelsa Capitana, que, como la alba luz de la mañana que en Zaragoza, de la Cruz soldados, ganaron superiores eternos palmas; invulnerable hueste triunfadora, que sobre el moro lanza estrago y muerte, como á veces en tierra pecadora nube inflamada sus horrores vierte.

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

¡Dirá mi débil canto que sea tu confusión, el hondo espanto de los que en vil infamia sorprendidos, entre gritos y golpes y alaridos, precipitase, corren, se atropellan, buscando salvacion por el portillo, mientras con sangre su ignominia sellan?... ¡Despertad y venid, héroes cristianos! No escuchéis la confusa gritería de las turbas infieles!

cimiento, aunque corto, acerca de los descubrimientos asombrosos que de continuo obtiene sobre las magníficas conquistas que cada día alcanza. Mas que nadie esperamos con impaciencia la realización de hermosas teorías, la solución de difíciles problemas, y aplaudimos sin cesar esas modernas investigaciones que hacen al hombre dueño de muchísimos secretos. ¡Pero es esto todo? ¿Cuántos son en el mundo los que desucellan por sus conocimientos en las ciencias físicas? Observemos un poco y nos convenceremos de que los placeres de la ciencia son tan solo para una porción pequeña de hombres privilegiados que logran arrancar á la naturaleza sus secretos á fuerza de astiduidad y de trabajo. De esos placeres no disfruta la generalidad de las gentes, por más que los aplauda, porque no consiste el placer ni el adelanto social en hacer de cada pueblo una gran máquina, según espresion de un sabio, y de cada hombre una rueda que la ponga en movimiento.

Si después de rendirles pleito-homenaje, separados del campo intelectual esos estudios, habremos de convenir en que la marcha de la razon moderna es una marcha retrospectiva y que los puntos en que se apoya están falseados por completo.

No tendríamos en verdad que hacer grandes esfuerzos para probarlo, bastando en nuestro concepto un ligero análisis de los mal llamados sistemas filosóficos que con brillante ropaje se pavonean por el campo de la filosofía, empuzándose con su contacto; y al contemplar los desatinos, los errores y absurdos emitidos, con el gran número de sabios que los admiran y aplauden, concluiríamos por encontrar á la razon en un increíble retroceso.

No es tal nuestro intento. Eminentemente literatos, filósofos profundos han pronunciado ya su última palabra sobre el espíritu grosero y sensual de esa filosofía mas grosera y sensualista todavía, que con falsos y especiosos argumentos, rebaja al hombre al nivel de los brutos unas veces, le hace aun inferior otras, y cuando menos le priva de sus mas nobles aspiraciones, de sus mas gloriosos títulos.

¡Qué otra cosa hace la razon moderna al divagar por esos erróneos sistemas; qué otra cosa hace sino retroceder en su carrera para labrar su propia tumba en las cavernas de la sensualidad desenfrenada, ó caer desfallida en los brazos de un paganismo vergonzoso? ¡Oh, vosotros los que habeis divorciado á la razon humana de la verdad divina, vosotros los que habeis arrancado de la luz con que Dios la circundaba, vosotros los que habeis sentido humillado ante la fe vuestro orgullo y ante la revelacion vuestra pedantería! ¿Qué otra cosa habeis hecho sino reducir á la razon á los estrechos limites de un círculo mezquino? ¿Qué otra cosa habeis logrado sino cortarles sus alas é impedir su magnífico vuelo? ¿Habeis sacado la inteligencia de su propio quicio, habeis destronado una reina, y de una sola plumada intencional borrao todos los lauros que en el curso de diez y nueve siglos habia logrado reunir en derridor de su brillante trono...

¡A qué esas exclamaciones de triunfo, esos gritos de libertad para la razon? No os esforceis por encubrir con palabra semejante la horrible esclavitud á que ha sido reducida; en vano clamaís en favor de vuestros desaciertos, inútilmente con pomposa frase tratáis de ocultar vuestro crimen, porque os conocen muy bien los hombres reflexivos y os señalarán con asco doquiera que os hallexis.

No hay error que no se haya abrazado en nuestros tiempos, y como sino bastaran las numerosas producciones del géntio pervertido de los filósofos del día, se han desenterrado antiguas aberraciones: se ha sacudido el polvo de olvidados pergaminos, se ha sacado á luz la razon en intrincados y oscuros laberintos.

Si á esto se le llama adelanto de la inteligencia, progreso intelectual, independencia y libertad del espíritu, convengamos en que anda el mundo vuelto al revés, y los hombres trastornados.

J. A. y A.

BIBLIOGRAFÍAS.

Les confins de la science et de la Philosophie par el P. I. Carbonell S. J. Segunda edición. Paris, 1881. Dos tomos en 8.º, 378 y 345 paginas, 6 pesetas. (Madrid, librería Católica Internacional, Arenal, 20.)

He aquí una obra que llega al palenque científico oportunamente. Un sabio jesuita, doctor en ciencias físicas y matemáticas, y profundo teólogo, consagrado largos años al estudio de las mas altas y trascendentales cuestiones, se dirige á los modernos sabios y pensadores; y con estilo claro, sóbrio y encantador, discute sin pasion las afirmaciones científicas y filosóficas de nuestra época. El materialismo puro; el positivismo; el transformismo; la eternidad de la materia; todas las teorías científicas son examinadas, discutidas, y victoriosamente rebatidas por el autor que la dirige, según su mérito merece, y con la libertad de que goza en la república de las letras.

Fácilmente se comprenderá, que el libro que examinamos no es para toda clase de lectores; pero los que quieran conocer lo que debe pensarse acerca del progreso, de la teoría atomística, de lo infinito en el tiempo y en el espacio, de la necesidad de la creacion y de las leyes generales del Universo en sus relaciones con la Providencia, encontrarán materia abundante para satisfacer su legítima curiosidad.

La erudición profunda del autor permite abordar las mas áridas y delicadas cuestiones, con la seguridad del sabio y la lógica del filósofo. En el segundo volumen trata, en efecto, de la acción vital, de los movimientos musculares y las sensaciones; de la diferencia esencial entre el hombre y los animales, que hace consistir en la facultad de conocer, y del origen y formacion de los organismos.

Por estos ligeros apuntes comprenderá el lector el interés culminante que en nuestros dias tienen las cuestiones debatidas en el libro, objeto de este examen, y no dudamos en recomendar su estudio á los hombres de buena voluntad, seguros de que su lectura ha de producirles una doble satisfaccion; la de ver que su fé, y las creencias de su alma, descansan sobre fundamentos que la ciencia no destruye, y la de contemplar la claridad de una secta de hombres que han declarado la guerra al Todopoderoso.

Florencia de San Francisco, crónica italiana de la Edad Media traducida directamente al castellano, según la leccion adoptada por el padre Antonio Cesari y con un prólogo por un Hermano de la Orden Terceira.

Joya de la piedad y monumento de la Edad Media, publica integra por primera vez en España esta preciosísima crónica franciscana, esmeradamente traducida y acompañada de un prólogo por un escritor que, inspirándose en sus ejemplos humildes, oculta su nombre bajo el título de «Hermano de la Orden Terceira».

Las Florencias de San Francisco son la epopeya vulgar, ó como si dijéramos, el «Romancero» del Serafín de Asis; la relacion auténtica y casi

contemporánea de sus milagros y ejemplos devotos, y el espejo en que se retrata la Edad Media con la candorosa sencillez de sus formas y la enérgica expresion de sus grandes afectos. Este hermoso libro es miel dulce y aromática para las almas piadosas, que hallarán en él suave y regalado alimento con que fortalecer su virtud, y especialmente la humildad, que es madre de todas; objeto de estudio para los aficionados á las letras y á la historia, pues aprenderán en sus páginas á conocer la fisonomía de los siglos medios en que se formaron las lenguas y las literaturas modernas, y el carácter y costumbres de aquel tiempo, el más interesante y fecundo en la historia europea, y del gusto por los libros curiosidad bibliográfica y del gusto por los libros bien impresos, pues á la correccion de la edicion, al buen papel y á los ornatos bibliográficos, añade éste un grabado en acero del señor Maura que representa el «San Francisco de Murillo», cuadro de primer orden, ménos conocido de lo que merece.

Tan peregrina obra es adecuadísima para regalos de toda clase de personas, desde el literato más docto hasta el niño más insipiente; pues todos, como antes dijimos, hallarán en él ocasión de deleitarse con los variados matices y aroma exquisito de sus candidas «Florencias».

Por esto lo recomendamos eficazmente á las personas verdaderamente ilustradas, y, sobre todo, á las muy piadosas, para que se edifiquen en su lectura y ejerzan, divulgándolo, una obra de caridad abriendo á las almas este hermoso jardín de flores franciscanas.

El libro, que consta de XLIV—480 paginas en 8.º, á pesar del coste de su edicion, que ha sido crecido, se vende á 12 reales en Madrid y 14 en provincias, dirigiendo el pedido al Sr. D. Antonio Quiroz, calle de Claudio Coello, núm. 6, tercero, Madrid.

SUMARIOS.

De las Revistas que hemos recibido durante los dias últimos, extractamos los siguientes sumarios:

De la Revista Católica de Sevilla: «Acta sobre el descubrimiento hecho en el Santuario de Santa Maria de Luñares, por el reverendo P. Juan Bautista Moga y Mora, de la Compañía de Jesus (conclusion).»—Sesion inaugural del 2.º curso Académico de la Hispalense de Santo Tomás de Aquino.—La protesta de nuestros amigos.—Relacion inédita del destierro de los PP. Jesuitas de Andalucía en 1767.—Coleccion Eclesiástica: Discurso de Su Santidad el Papa Leon XIII á la Peregrinacion Argentina.—Discurso del Soberano Pontífice en la audiencia concedida á los peregrinos italianos, el 16 de octubre.—Variedades: En la sacristía profanacion de las cenizas del Inmortal Pio IX: Soneto.—Los Peregrinos Italianos en Roma.»

De la Liga Nacional de contribuyentes: «Advertencia.—Intereses nacionales: Discusion del Mensaje en el Senado: A los señadores liguistas.—Los futuros presupuestos.—Intereses generales: Estudio sobre ayuntamientos y diputaciones provinciales.—Gestiones de las Ligas y sociedades análogas: Instituto de Fomento del trabajo nacional.—Programa económico de la Liga nacional: Un plan económico administrativo digno de estudio (continuacion).—Datos estadísticos: Comercio exterior de España.—Propaganda de las Ligas: La Liga toma cartas de naturaleza en Galicia.—A El Eco del Mino de Tuy.—Enfermedad en el maíz.—Correspondencia.—Cotizaciones oficiales de la Bolsa de Madrid.—Bolsa de Paris.—Cambios en Madrid.»

De la Correspondencia Católica de Palencia: «Próruga del Santo Jubileo.—Los conventos por Victor Hugo. Otro atentado.—Cuestion histórica.—Protestas.—Discurso de Su Santidad á los peregrinos italianos.—Una estadística edificante.—Seccion biográfica.—Santa Pastoral vista.—Los judíos... que han de venir.—Crónicas.—Suscripcion á favor de los Niños.—Caja de Ahorros.—Cultos.—Correspondencia.—Anuncios.»

De la Revista de Alcoy: «Domingo 20 después de Pentecostés, la fé.—La santificacion de las fiestas IV, por D. José Gisbert, presbítero.—Contrastes (poesia), por D. Francisco Lahga G.—El bienaventurado Labre, por D. A. Pidal.—El Papa y el gobierno del Quirinal.—Seccion local.»

—De «Las Misiones Católicas»: «Texto.—Túnez.—Las Misiones del Africa ecuatorial, I.—Correspondencia: Indostan: Entronizacion del maharajah de Misore: mensaje del Ilmo. Coadjuv. de los católicos: buenas disposiciones del nuevo príncipe.—Japon: La isla de Amansa.—Congo: Instalacion del P. Schmitt en Nuestra Señora de Mhoma.—Tripoli: Fisonomía de la ciudad de Tripoli: descripcion del oasis: una caravana católica.—Egipto: Misiones en Tahitah, Akhmin, Girgeh y Nagada.—Canadá: Regreso del Ilmo. Clut á su diócesis: viaje peligroso.—Grieta: Inglaterra, Rumania, Bengala central, Penjab, Japon, Africa central, Colombia.—Marruecos: Apuntes para servir á la historia del Magreb (continuacion).—A Través de la India: VIII. Pagodas consagradas al diablo en el Maduré.—Costumbres chinas en Kiang-su (conclusion).—Elemérides: Muerte del P. Isaac Jucques, misionero de la Compañía de Jesus, en el Canadá (18 octubre 1646).—Necrología: Ilmo. Jacinto Vera, obispo de Montevideo (6 mayo 1881).—Rto. Pedro Antonio Papi, misionero del Rto. Su-tchen occidental (18 octubre 1880).—Grabados.—Plaza de Adohalo en Tananarive (Madagascar).—Ilmo. Fidel Sutter, vicario apostólico de Túnez.—El nuevo maharajah de Misore.—Grupo de misioneros y cristianos del Bengala central.—Pagoda de Seringam.—Peña de Trichinopoly y templo de Siva.—Pagoda de Utarasaminghó.—Pagoda de Tirupalany.»

AÑO CRISTIANO.

SANTO DE NOY. San Quintín, mártir. Nació en Roma, de linaje ilustrísimo de senadores. Por servir más á Dios que á Francia, y paró en la ciudad de Ambiano, donde descubriendo un precioso tesoro de admirable doctrina, comenzó á predicar nuestra santa fé, que confirmaba con milagros, logrando convertir muchas almas. Levantose por este tiempo persecucion grande contra los cristianos por orden de los emperadores Diocleciano y Maximiano, y fué á Francia por prefecto Riccio, y teniendo noticia que la mayor parte de los pueblos Ambianenses, por medio de la predicacion, virtudes y milagros de san Quintín, confesaban la fé de Cristo, le hizo prender y atormentar cruelmente para que adorase á los dioses. Hallándole constante en la fé católica, el juez mandó que fuese atravesado con dos asadores, y que le hicieran clavos entre cada una de las uñas de las manos y en la cabeza, la cual después se le cortaron, volando su purísima alma al cielo en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: «Qui-

tin, siervo mio, ven á recibir la corona que se te da hoy á tu merecimiento. Fué su glorioso mártir el día 31 de octubre, año de 290.

SANTO DE MAÑANA. La fiesta de todos Santos.

CULTOS. CUARENTA-HORAS.—Concluyen en la parroquia de San Miguel y San Dionisio, por la cofradía de Santa Rafael, se descubre á las siete de la mañana y se reserva á las cinco y media de la tarde. Mañana empizán en la iglesia de San Carlos Borromeo, por la «Archicofradía» que descubre á las siete de la mañana y se reserva á las cinco de la tarde.

CORTE DE MARIA. Hoy visita á Nuestra Señora del Amor hermoso, en el Milagro. (Privilegiado). Iglesia Parroquial del proto-mártir San Ireneo y distinguido valenciano el apóstol del mundo San Luis Bertran consagrado en esta cofradía y varios devotos en conmemoracion de la tercera centuria de su gloriosa muerte, en el presente año.

Hoy lunes 31, octavo de Noviembre. Será á intencion de los señores D. José Larena y señora, en sufragio de sus difuntos padres, predicación sobre el asunto «de la Fortaleza» el Reverendo Padre Gaspar Novella, de la Virgen de los Desamparados, Rector del Colegio de las Escuelas-PIAS.

San Miguel y San Dionisio.—Soleme Novenario que al Arcángel San Rafael consagra su ilustre cofradía en el presente año. Hoy lunes 31, último de Noviembre y de Cuarenta-Horas: por la tarde soleme reserva.

El miércoles 2 de noviembre, á las diez y media se celebrará Aniversario por los Cofrades difuntos. Santo Tomás Apóstol.—Mes de almas á plenos, ejercicios que para implorar la divina clemencia en los presentes circunstancias por la intercesion de la Virgen Santísima de la Siete, y como sufragio, se celebrará en dicha iglesia, en el presente año.

Todos los dias al anochecer se rezará el Santo Rosario, seguirá el ejercicio especial de difuntos y el sermón, terminando con el canto de Lamentos y Resposos. Hoy lunes 31 de octubre. Existencia é inmortalidad del alma humana.

AVISOS OFICIALES.

Servicio de la plaza para el 31 de octubre de 1881. Perdido: los cuerpos de la suaricion. Jefe: don D. Fernando Serrano, comandante del batallon Cazadores de Segorbe. Hospital y provisiones, sexto regt. de España. Pago de enfermos y conductor de las almas á sus cercos y barberos al hospital, Mayor de Torremes. El coronel teniente coronel sargento mayor, Margarit.

Gobierno militar de la plaza y provincia de Valencia.—El médico primero encargado de la asistencia facultativa á las clases de replazo de un capital, D. José Monserrat Fernandez, ha trasladado su domicilio á la calle de Cubileros, núm. 8, piso segundo. Lo que se comunica por los periódicos de la localidad para conocimiento de los interesados. Valencia 29 de octubre de 1881.—D. O. de Excelencia. El teniente coronel comandante secretario, Juan J. Ximenez.

ESPECTACULOS.

TEATRO PRINCIPAL.—Funcion para hoy lunes 31 de octubre de 1881.—3.ª de abono.—3.ª de verso.—El drama en siete actos, D. Juan Tenorio. A las ocho. Funcion para hoy martes 1.º de octubre de 1881.—4.ª de abono.—4.ª de verso.—El drama en tres actos, Jugar con fuego.—El apripósito en un acto, San Lázaro. A las siete y media.

TEATRO DE APOLO.—Funcion para hoy lunes 31 de octubre de 1881.—5.ª de abono.—5.ª de verso.—La comedia en tres actos, El día de mañana.—La zarzuela en un acto, La comedia de la Loba. A las ocho. TEATRO-CAFE.—Funcion para hoy lunes 31 de octubre de 1881.—D. Juan Tenorio. A las ocho.

ULTIMA HORA.

Servicio particular de LA LEALTAD.

Paris 29 (12:30 tarde).—Apertura de la Bolsa de hoy: 3 por 100 interior español, 25-75. Id. exterior 26-40.

Túnez 29.—La columna mandada por el general Sabatier llegó ayer mañana á Kairuan. A pesar de los fuertes calores que han sentido las columnas en su marcha, el estado sanitario de las tropas es excelente.

Paris 29.—Segun un despacho que publica la «Républica Francesa», se confirma que la expedicion francesa á Túnez será llevada dando los confines del Sur de la regencia, donde se han refugiado los rebeldes con sus familias y ganados.

La emperatriz Eugenia se hallaba ayer en Paris.

Túnez 29.—Se confirma la noticia de la muerte de Ali-Benamar, jefe importante de los rebeldes tunecinos. Encuéntrase éstos muy desmoralizados á consecuencia de este hecho.

Las autoridades militares francesas han decidido proveer de todo lo necesario á las tropas tunecinas. El bey ha dado una proclama, desmintiendo el rumor de que las tropas otomanas debían venir á Túnez.

Añade, que la Puerta mandó fuerzas á Trípoli únicamente para mantener el orden y que volverán en breve á Turquía.

Paris 29.—La emperatriz Eugenia ha pasado la noche última en el castillo de la duquesa de Monchy. Túnez 29.—El general Forgemol llegó el día 24 á Enchibiba. Participa el mismo general que confababa estar el 26 en Onedhatet.

Imp. de Juan Guix, Cofradía de los Sacristes, frente al jardín de Rocá.

PRECIOS DE SUAVES DE LA PENINSULA. —Un año, 44. Los pagos

El dia de difu

Pasan velozmente los dias, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin, de la eternidad á todos los seres humanos.

El egoísmo es el rey que gobierna de nuestros tiempos; es la ciudad que esclaviza al hombre por caminos de perdicion. ¡Santo Bien, sin el cual no hay para la humanidad que un día por el egoísmo olvida el hombre! No sea la satisfacción de sus sentidos; se olvida del ayer, y se mira su vida en un espejo que se mira al incierto por venir para ansiar la bienandanza de la vida.

Y pasan los dias, los meses, los años, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin, de la eternidad á todos los seres humanos.

El egoísmo es el rey que gobierna de nuestros tiempos; es la ciudad que esclaviza al hombre por caminos de perdicion. ¡Santo Bien, sin el cual no hay para la humanidad que un día por el egoísmo olvida el hombre! No sea la satisfacción de sus sentidos; se olvida del ayer, y se mira su vida en un espejo que se mira al incierto por venir para ansiar la bienandanza de la vida.

Y pasan los dias, los meses, los años, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin, de la eternidad á todos los seres humanos.

El egoísmo es el rey que gobierna de nuestros tiempos; es la ciudad que esclaviza al hombre por caminos de perdicion. ¡Santo Bien, sin el cual no hay para la humanidad que un día por el egoísmo olvida el hombre! No sea la satisfacción de sus sentidos; se olvida del ayer, y se mira su vida en un espejo que se mira al incierto por venir para ansiar la bienandanza de la vida.

Y pasan los dias, los meses, los años, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin, de la eternidad á todos los seres humanos.

El egoísmo es el rey que gobierna de nuestros tiempos; es la ciudad que esclaviza al hombre por caminos de perdicion. ¡Santo Bien, sin el cual no hay para la humanidad que un día por el egoísmo olvida el hombre! No sea la satisfacción de sus sentidos; se olvida del ayer, y se mira su vida en un espejo que se mira al incierto por venir para ansiar la bienandanza de la vida.

Y pasan los dias, los meses, los años, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin, de la eternidad á todos los seres humanos.

El egoísmo es el rey que gobierna de nuestros tiempos; es la ciudad que esclaviza al hombre por caminos de perdicion. ¡Santo Bien, sin el cual no hay para la humanidad que un día por el egoísmo olvida el hombre! No sea la satisfacción de sus sentidos; se olvida del ayer, y se mira su vida en un espejo que se mira al incierto por venir para ansiar la bienandanza de la vida.

Y pasan los dias, los meses, los años, y con la misma rapidez que su marcha por este mundo de la cuna al sepulcro, cuando brillan y desaparece en un instante. La humanidad, empujada de locura ó frenesí, corre sin ver, olvidada de aquello que es presente; de su fin,